LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 9 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 402

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PRIMER DOLOR, cuadro de Otón Lingner, grabado por Bong

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL PRIMER DOLOR, cuadro de Otón Lingner

¡Pobre niña! No sabía qué era sufrir: en la primavera de su existencia, dotada de una belleza irreprochable y de un alma más hermosa, si cabe, que el rostro mismo, arrullada por las inefables caricias de unos padres que adoraban en ella, todo parecía sonreirle; la vida se le ofrecía como un apacible camino sembrado de rosas por el cual discurría alegre, inocente, sin sospechar siquiera que entre aquellas fragantes flores podía ocultarse alguna acerada espina. Bien pronto la triste realidad vino á despertarla de su delicioso ensueño y á hacerle sentir con cuánta razón se califica á este mundo de valle de lágrimas. Ayer tenía madre; hoy se cerraron para no abrirse más aquellos ojos que tan amorosamente la contemplaran, hoy se secaron para siempre aquellos dulces labios por entre los cuales fluían en raudal inagotable los más apasionados besos; hoy cesó de latir aquel corazón amoroso que sólo por ella palpitaba; hoy quedaron inmóviles aquellos brazos que tan cariñosamente la oprimieran.

La suerte ha sido cruel para ella haciendo que el primer dolor fuese de los que nunca se olvidan, de los que hieren mortalmente, de los que el tiempo no borra.

Todo esto ha expresado magistralmente Otón Lingner en su precioso cuadro lleno de poesía, sentido más que pensado y ejecutado con singular acierto y con maravillosa sobriedad, huyendo del aparatoso efecto que quizás sorprende más pero que de seguro conmueve menos.

CROQUIS PARA «THE SILENT HIGHWAY» por Guillermo Lionel Wyllie

Mr. Wyllie sólo cuenta treinta y siete años y acaba de ser nombrado socio de la Real Academia de Londres, distinción que pocos artistas merecen á tan temprana edad.

La carrera de este pintor es una serie no interrumpida de triunfos: enamorado del mar y de los barcos, dedicóse con tanto afán como aprovechamiento á esta especialidad pictórica en la que pocos le aventajan: sus *marinas*, si así pueden llamarse, se separan de la generalidad de las obras de su clase; están tan bien concebidas y tan primorosamente ejecutadas que el que las contempla llega á hacerse la ilusión de que se encuentra en pleno mar, y es porque el artista pinta sus cuadros no como si de lejos contemplara el agua y las naves que al lienzo traslada sino como si embarcado recorriera los mismos sitios que copia.

Mr. Wyllie no es solamente celebrado por sus pinturas sino también por sus excelentes croquis: el que en el presente número reproducimos da una idea exacta de lo que vale su autor como dibujante y demuestra al propio tiempo los vastos conocimientos que posee en cuanto se relaciona con el mar y con toda suerte de embarcaciones.

SAN ANTONIO DE PADUA cuadro de L. Postiglione (grabado por Sabattini)

Cuando se comparan los cuadros religiosos modernos con los que nos han legado los pintores clásicos y en especial nuestro eximio Murillo, preciso es confesar que muy pocos de los primeros logran sustraerse á la atmósfera un tanto inficionada de materialismo que reina en la época presente y que rara vez deja paso al misticismo, al espiritualismo exagerado, si se quiere, pero esencial en tales obras de que hicieron gala los antiguos.

El San Antonio de Padua de Postiglione se aparta algo de las modernas corrientes, pero sin alcanzar la pureza que en sus cuadros sobre análogos y aun idénticos temas imprimió el gran maestro sevillano.

El pintor italiano, cuyo San Antonio fué muy admirado en la Exposición de Bolonia de 1888, figura entre los mejores coloristas de su nación más por la valentía de su pincel que por la riqueza de colorido, ya que poco aficionado á la variedad de las tintas busca principalmente el efecto en el contraste del blanco y del negro y en el de algunos matices neutros con estos dos colores negativos.

LA MAÑANA, cuadro de Rafael Collin (*Exposición Universal de París*)

Asomada á una ventana sobre cuya baranda se apoya y rodeada de flores que forman digno marco á su gracia y á su belleza, una hermosa joven admira los encantos de los primeros albores del día; y es tal la expresión de su rostro que sin dificultad se forja nuestra imaginación el seductor paisaje invisible en cuya contemplación se deleitan sus ojos y que incita á disfrutar de la naturaleza en esas plácidas horas matutinales en que los pájaros cantan más alegres, las flores despiden incomparables fragancias y el sol envía á la tierra con sus primeros rayos irisados reflejos y tintes luminosos de sin igual pureza.

Tal es el asunto del cuadro de Mr. Collin, de ese pintor poeta cuyas delicadas obras, en su mayor parte tomadas de la mitología, hacen pensar y sentir y figuran dignamente en el Palacio de Bellas Artes de la actual Exposición de París entre las joyas de la pintura francesa contemporánea.

TULIA, busto de Agustín Querol

Al modelar este busto inspiróse, sin duda, Querol en su precioso bajo relieve que reprodujimos en el número 250 de esta ILUSTRACIÓN. La hermosa cuanto inhumana hija de Servio es una de las más interesantes figuras de la antigüedad romana y bien merecía, por tanto, capítulo aparte (como dicen los novelistas) después de haber sido tratada en una composición que podemos calificar de conjunto.

Nuestro distinguido compatriota al modelar el busto de la esposa de Tarquino ha creado una obra de arte de mérito indiscutible, pues ha sabido reproducir con una firmeza y sobriedad de líneas dignas de todo elogio los rasgos de orgullo y de fiereza de la cruel reina que hizo pasar las ruedas de su biga por encima del cadáver de su infortunado padre.

LA SIBILA DE DELFOS, fresco de Miguel Angel

Entre las obras del insigne maestro que se consideran como tipos de belleza artística, figura la famosa Sibila Délfica de la Capilla Sixtina, que reproduce nuestro grabado.

La forma de la cabeza y de las facciones guardan perfecta armonía y el carácter puramente femenino de la mujer se concilia admirablemente con la expresión de inspirada sabiduría que en ella se advierte en el momento de contemplar con los labios entreabiertos y la mirada fija si tienen exacto cumplimiento sus fantásticos vaticinios.

La Sibila Délfica es una de las joyas de la papal capilla tan abundante en tesoros artísticos de toda clase.

SAGUNTO, grupo escultórico de Agustín Querol

Si nos hubiesen dicho, antes de verlo, que Querol trataba de representar por medio de dos solas figuras el grandioso episodio de Sagunto, hubiéramos puesto en duda, á pesar de la confianza que nos inspiran el talento y los recursos del artista, el buen éxito de la empresa por él acometida.

Y sin embargo ¡cuán mal habríamos hecho en dudar! Querol ha triunfado de su empeño. ¿Cómo? Esculpiendo el único grupo que en medio de su sencillez puede dar idea de la magnitud de aquel glorioso hecho histórico: el de una madre hundiéndose en el pecho el puñal con que antes ha dado muerte á su propio hijo.

Si de la concepción pasamos á la ejecución, cuanto en alabanza de ella digamos resultará poco al lado de la impresión que la vista del grupo produce: la figura del inocente niño que exhaló el postrer suspiro abrazado al cuello de la madre que lo asesinaba es un verdadero *tour de force;* la expresión del rostro de aquella heroica mujer que prefirió su muerte y la de su hijo antes que presenciar la victoria del odiado enemigo no puede ser más terrorífica: el ¡ay! que de aquella boca sale ha de ser desgarrador como arrancado no por el dolor del hierro que en su pecho clava sino por el cruento sacrificio que el amor á la patria y á la independencia la han obligado á consumar.

Querol que tantos lauros lleva conquistados puede añadir á ellos, como uno de los más merecidos, el que se ha ganado con el grupo de Sagunto.

LA CONDESA DE ALFUSELL

CUENTO POPULAR

Era una vez un matrimonio que reunía todas las condiciones para la más completa felicidad. Formado por lazos del más puro y acendrado amor, todos los favores de la fortuna parecía haberse reunido en ellos para hacerles la vida más venturosa. Era él, ilustre vástago de una de las más nobles casas del reino; de gentil apostura, de esforzado ánimo, no había empresa en que no saliera airoso, corazón que no cautivara, ni respeto que no infundiese. Ella, hermosa como un deseo de amor, dulce como una paloma, de alcurnia elevada á par de la de su esposo, piadosa como una santa, y con todo esto, él y ella ricos, poderosos, como dueños y señores de dilatadas tierras, de numerosos castillos y de un sinnúmero de vasallos. Lejos del lujo y ostentación de la corte, con cuyas costumbres, en aquel tiempo harto corrompidas y fastuosas, se avenían mal su carácter sencillo, natural y honrado, vivían los dos esposos arrullándose como tiernas tórtolas en amoroso nido, en una de sus más hermosas posesiones; severo y formidable castillo feudal situado á la falda de elevados montes, cerca de un bosque frondoso y á corta distancia de una aldea sobre la cual tenían señorío con el título de condes de Alfusell. La condesa ocupaba todas sus horas en hacer bien; ya montada en una hermosa hacanea y seguida de honrada dueña y fiel escudero recorría los caseríos del condado socorriendo á los enfermos, consolando á las viudas, dotando á las doncellas huérfanas y alentando á todo el mundo; erigía santuarios en las solitarias cumbres de los montes, fomentando de este modo la fe religiosa; ya, por fin, hacía cuantiosos donativos á los conventos de las cercanías, cuyo patronato en casi todos ellos, en mayor ó menor escala ejercía.

El conde, atento unas veces al cuidado de la hacienda, entregado otras al honesto y saludable ejercicio de la caza, ó bien dedicado al difícil arte de domar los bravíos potros en sus dehesas criados, ó amaestrar los halcones y los lebreles, esparcía su ánimo ó fatigaba su cuerpo para llegar luego con más anheloso afán al amante lado de su fiel esposa que siempre le recibía con la sonrisa en los labios, la pasión en los ojos y el afecto en el corazón. Pero el bien que hacía la condesa no era ese bien mezquino y estéril que consiste sólo en la limosna del momento, casi al punto consumida en la satisfacción de una necesidad inmediatamente después renovada. La condesa de Alfusell que no gustaba tampoco de que sus vasallos fuesen holgazanes tenía la delicadeza de sentimientos suficiente y la grandeza de alma necesaria para excusar la gratitud de sus favorecidos, con la apariencia de un salario concienzudamente ganado. Para los varones no faltaban nunca en aquellos vastos dominios, terrenos que roturar, yuntas que conducir, rebaños que guardar, ó señores rivales que combatir; pero las hembras no hubieran tenido fácil colocación, y su número abundaba, si la noble dama no hubiese llenado los vastos graneros y cámaras altas del castillo de telares y artefactos para hilar y tejer el hilo y el cáñamo. Los lienzos algo toscos en verdad, que de este trabajo resultaban, eran repartidos entre los hospitales y conventos favorecidos por la munificencia de los condes; y no pequeña parte, cedida generosamente á las familias más pobres del condado. Muchas veces en las tardes de primavera asomados el conde y su cara mitad á una de las rasgadas ojivas del castillo, ó paseándose por una calle de seculares cipreses en el jardín, oían complacidos, el incesante y bullicioso rumor de los telares mezclado con el acompasado canto de las hilanderas y tejedoras que entonaban á coro algún salmo religioso. «Cómo cantan tus gorriones,» decía el conde; y una dulce mirada acompañando á estas palabras, demostraba bien que aquellos gorjeos no desplacían al señor de Alfusell. Y con efecto, así era. Nunca el conde había pedido cuenta de sus determinaciones á su amada consorte, y siempre había aprobado todos sus actos sin enterarse siquiera de la razón que los había motivado. – Mi Aldonza – solía decir – nunca puede engañarse ni engañarme. Y ella haciendo un gracioso mohín, exclamaba: – ¡Miren el vanidoso!

Pasaron así algunos años, sin que ni una sola vez, la más ligera nube viniera á empañar aquel cielo siempre sereno. Mas vino un día en que la llegada á Madrid del rey Carlos V que venía rodeado de toda su corte de flamencos, hizo preciso que todos los grandes y nobles de Castilla, Aragón y Valencia fueran á rendirle homenaje.

El conde de Alfusell, uno de los más poderosos y ricos señores de este último reino, mal podía excusar el cumplimiento de un deber tan reconocido en aquellos tiempos; y al efecto dispuso todos los preparativos del viaje que, á la mayor brevedad, había resuelto emprender. Quiso al pronto llevar consigo á la condesa, y aun la instó calurosamente á que le acompañase, deseoso por una parte de no separarse de ella y ansioso por otra de lucirla en la corte donde de seguro ninguna otra tan hermosa, tan gentil, ni tan discreta se había de presentar. Pero la condesa, movida por su modestia, al par que por su castidad, le replicó:—Excusadme este viaje, por favor os lo ruego; ¿qué sería de estas pobres gentes sin mí, acostumbradas como están á mi ayuda en todas sus tribulaciones? Ya veis: se les debe á los pobres aquello que se les ha hecho esperar, y éstos hace tanto tiempo que viven bajo mi inmediata protección! Id vos solo, señor, dejadme con ellos y sobre todo volved pronto. – El conde acabó por ceder á las instancias de su mujer á las que nunca sabía resistir, y arreglados todos los preparativos del viaje, emprendió el camino seguido de numerosa cohorte de pajes, escuderos y lacayos, que formando brillante comitiva llamaba poderosamente la atención por todos los pueblos, villas y lugares que atravesaban. Diez días tardaron en recorrer la distancia que de Madrid les separaba, pues siendo los caminos malos y peligroso el caminar de noche, la lentitud y las detenciones hacían poco cundidoras las jornadas. En la corte encontró el buen conde multitud de caballeros valencianos, aragoneses y castellanos, entre los cuales halló numerosos amigos suyos y deudos de su casa.

Pero los que más bullían y brillaban eran los extranjeros que, validos del favor que el rey les dispensaba, se hallaban, como mozo en feria, sólo al placer entregados. Bien pronto corrió entre éstos la fama del recién llegado, é incontinenti comenzaron las hablillas, los chistes y las anécdotas á versar sobre su persona y cualidades. Gran maravilla causó en la corte que Alfusell no hubiese llevado consigo á su noble esposa, y esto dió ocasión á muchos y variados comentarios. – Será algún esperpento, – decían los que no la conocían, – y el conde habrá tenido vergüenza de presentarla en público. – Os equivocáis, – contestaban los amigos de Alfusell; – la condesa es, sin disputa, una de las mujeres más hermosas de España. – Entonces replicaban los primeros: – Es que su marido será un celoso ridículo, que habrá tenido miedo de exponerla á las tentaciones de la corte. Estos rumores llegaron á oídos del conde que declaró públicamente que él tenía plenísima seguridad del amor y la virtud de su mujer, y no necesitaba, por lo tanto, rodearla de precauciones de ningún género. – Bah, – dijeron los flamencos, – también el Padre eterno tenía plena confianza en nuestra madre Eva cuando la colocó en el paraíso terrenal. – La condesa no ama á nadie más que á mí, – replicó Alfusell. – Tampoco Eva ambicionaba más que los frutos permitidos, hasta que descubrió la manzana del bien y del mal, – volvían á decir los extranjeros. Apurada ya la paciencia, el conde echó mano á la espada, pero algunos varones prudentes se interpusieron, y queriendo conciliar los ánimos, dijeron: – No pretendáis, conde, ser menos razonable que Dios mismo. Él puso á prueba á Eva; ¿por qué no sujetáis vos á igual experiencia á vuestra mujer? Cualquiera de estos señores, Girbés por ejemplo, puede hacer perfectamente el papel de serpiente. Dejadlo ir á vuestro castillo, y si la condesa le resiste, todos reconoceremos con gusto, que ella es, como San Antonio Abad, superior á toda tentación.

Alfusell se vió obligado á ceder, bien á pesar suyo, pues como dice la canción:

Es de vidrio la mujer
y no se debe probar
si se puede ó no quebrar,
que todo pudiera ser.

Pero negarse á la prueba era demostrar desconfianza y verdaderamente el conde estaba seguro de su esposa. Así, pues, escribió una carta á la condesa en la cual le decía que Girbés era su mejor amigo, y que le recibiese y tratase como era debido. El caballero flamenco, bastante presuntuoso de suyo, partió prometiendo á Alfusell no hacerle esperar más de un mes; y el conde, no atreviéndose á traducir en hecho sus violentísimos deseos de estrangularle, hizo un supremo esfuerzo y le saludó deseándole un feliz viaje. En cuanto á esto fueron cumplidos sus deseos, porque Girbés llegó sin ningún tropiezo al castillo del conde. La condesa le recibió como á un hermano, para cumplir así al pie de la letra las instrucciones del amo de la casa. Nada excusaba para complacer al hués-



CROQUIS PARA «THE SILENT HIGHWAY» por Guillermo Lionel Wyllie

ped. Con él visitaba á caballo todos los caseríos y puntos de vista más amenos y pintorescos de los alrededores. Muchas veces en estas excursiones les había sorprendido la noche, y á la escasa luz de la luna atravesaban los más espesos bosques, casi solos, pues los pajes que les acompañaban siempre seguían á larga y respetuosa distancia. Otras veces pasaban las veladas en el castillo, cantando, riendo y narrando historias de guerras y de amores. La condesa hacía todo esto sin ninguna malicia, pero el flamenco se aprovechaba de la candorosa buena fe de la castellana para ir preparando sordamente el éxito de su traición. Comenzó diciendo que era más hermosa que las más sublimes y famosas beldades de la corte; y la condesa sonrió ante esta lisonja. Animado por el éxito añadió el caballero que era imposible verla sin amarla; y ella volvió á sonreir. Más atrevido de cada vez, dijo el seductor, que moriría de pena si no recibía alguna palabra de esperanza; y con esta declaración, la de Alfusell soltó la carcajada. – Esto es hecho,—se decía Girbés, – está visto que no hay mujer que me resista. La condesa es mía, – y firme en esta creencia, de día en día fué haciéndose más exigente y más insinuante. Por de pronto, pidió una cinta que ataba las hermosas trenzas de la condesa; y le fué otorgada. Al día siguiente, solicitó con gran fuego el broche de oro que sujetaba la gargantilla de la castellana; y ésta se lo dejó tomar. Por fin probó á sacarla del dedo meñique una preciosa sortija que tenía montado un riquísimo solitario y la condesa no tuvo bastante entereza para impedirlo. Convencido Girbés de que podía ya dar el asalto final después de tan afortunadas escaramuzas, la pidió una cita. La de Alfusell se negó una vez y dos, pero á la tercera, no creyó deber resistir; y dijo:—Yo no puedo recibiros ni en el comedor, donde los criados entran y salen sin cesar, ni en el salón de ceremonias, porque desde la galería de enfrente pueden ver todo lo que en él pasa, ni en el jardín, porque ya las noches son bastante frescas, ni en mi habitación, porque mi dueña os vería entrar; pero si queréis, podremos vernos en el cuarto que hay allá abajo, allí donde está arrinconado un telar, al lado de un montón de estopa hilada. Allí, una vez que los criados apaguen todas las luces del castillo, iré á buscaros. Girbés aceptó lleno de regocijo; y en el atolondramiento de su alegría, no quiso esperar á la noche para hacer saber su triunfo á los de Madrid. Escribió pues una carta anunciando su inmediato regreso, y formando un paquete con ella, con la sortija, con la cinta y con el broche, buscó un mensajero, le llenó de oro los bolsillos, y lo envió camino de la corte con orden expresa de forzar la marcha. Hecho esto, sacó y se puso todo lo mejor de su equipaje, las calzas de seda, los zapatos de cintas, la espada con puño de oro, la ropilla de raso, la gorguera de encaje, y perfumándose con ricas esencias se dejó encerrar mansamente en el cuarto convertido para él, y en su fantasía exaltada, en el templo de las delicias. El sitio elegido para la cita no era de los más amenos, en honor de la verdad. Era un cuarto ni muy espacioso, ni muy claro, en donde se hallaba arrinconado un telar algo estropeado, y donde se iba amontonando toda la estopa que hilaban las protegidas de la condesa, pero que no tenía aplicación después de hilada, porque la habilidad de aquellas tejedoras no llegaba á tanto. Así resultaba que todos los años se amontonaba una gran cantidad de esta primera materia, que sólo aprovechaba para avivar el fuego de las hogueras con que los lugareños de aquellos contornos manifestaban su devoción la víspera de San Juan por la noche. En este recinto que acabo de describir fué encerrado el galante flamenco, que esperó con bastante impaciencia á que en el castillo se apagaran todos los ruidos, excepto el de la veleta que giraba movida por el viento en lo alto de la torre de la capilla, y el perro que guardaba la puerta del castillo y atronaba los espacios con sus ladridos cada vez que sonaba ruido de pasos por el camino. Entonces, Girbés dió la última mano á su vestido, se atusó el bigote, se arregló el pelo, ahuecó los cañones de su gorguera, apoyó su mano izquierda sobre el puño de la espada, la derecha sobre el costado, y poniéndose en actitud de parada, alargó el cuello como el perro que espera la llegada de su dueño. A los pocos momentos se oyó el ruido de unos ligeros pasos que se acercaban; una débil claridad fué aproximándose y aumentando á través de las rendijas de la puerta; el ventanillo se abrió por fin, y el galán encerrado lanzó una exclamación de alegría al reconocer en el rostro que por él se asomó, la encantadora fisonomía de la condesa. En tanto que de este modo se desmoronaba la formidable fortaleza de su honor, el buen conde se aburría en la corte paseando en carroza durante el día, jugando á la pelota algunas tardes, ó ejercitándose algunas veces en correr cañas, alancear toros, y otras distracciones caballerescas, propias de la época. Mil veces estuvo á punto de emprender el retorno á su castillo, devorado por la inquietud y la impaciencia, pero nunca se atrevió á hacerlo por no dar señales de desconfianza de aquella misma cuya fidelidad tan alto había proclamado.

Así fueron pasando los días; y ya sólo quedarían cinco ó seis del mes de plazo concedido para la prueba, cuando hallándose el conde un día paseándose por el jardín del palacio en que habitaba, vió llegar negro de polvo y sudor, al mensajero del caballero Girbés, que le entregó con la carta de éste, la cinta, la sortija y el broche de la condesa. A la vista de tales objetos, Alfusell se quedó mudo de sorpresa y dolor. Sus manos temblorosas apenas podían sostener aquellos objetos que parecían abrasarle la piel, y en los cuales, sin embargo, se fijaban sus ojos con una especie de dolorosa fascinación. Mas, bien pronto la más violenta cólera sucedió á aquella pena terrible y profunda, y corriendo desatentado á sus caballerizas, él mismo por sus propias manos, puso la silla y la brida á su alazán favorito, el caballo más corredor de Andalucía; y sin dar aviso á sus servidores, que le miraban asombrados, partió solo y á escape, arrancando chispas de las piedras del pavimento. Noche y día caminaba sin detenerse en posada; su caballo dormía de pie, y él dormía sobre su caballo; cuando éste comía la cebada, su dueño le miraba con ansiedad consumir hasta el último grano del pienso, y una vez concluída la ración, él mismo volvía á colocar la brida y la jornada continuaba como antes. En cinco días concluyó de esta manera el viaje de vuelta, que á la ida le había costado diez; y excusado es decir si le atormentarían en aquellos cinco días, que cinco siglos le parecieron, las heridas de la honra y las llagas del corazón. Al anochecer del día quinto, dió vista á la sombría masa del castillo que se destacaba sobre el oscuro y azulado fondo de la montaña, á la dudosa luz del crepúsculo. El caballo, ya sin fuerzas, cojeaba de tres pies y apenas sentía ya el acicate con que su amo procuraba reanimar sus decaídas fuerzas. Al fin llegaron al valle que delante del castillo se extendía, y no pudiendo ya continuar su camino, el noble animal se dejó caer rendido, y el caballero echó pie á tierra, y acariciando con tristeza el cuello del alazán, exclamó: – ¡Ah, que Dios me perdone! he aquí que he matado á este hermoso animal que me era tan fiel, por una hermosa mujer que me ha engañado. Siempre lo pagan justos por pecadores. Y tomando el camino plantado de álamos que conducía al castillo, llegó frente á la puerta principal, donde dió con furia repetidos golpes. La condesa que se hallaba en su camarín, reconoció en el modo de llamar la mano de su marido, y un estremecimiento de sorpresa recorrió todo su cuerpo, al mismo tiempo que decía: ¡Santo Dios! Es mi marido. Y lanzándose por el corredor para cerciorarse de su presentimiento, al llegar á la escalera le descubrió á su pie, que á grandes voces preguntaba por ella. La condesa se precipitó á su encuentro con los brazos abiertos. Pero el conde la cogió sus manos al vuelo y se las abatió, arrastrándola hacia la capilla que era el sitio más cercano, y apoyándose contra la puerta que volvió á cerrar, dijo con voz terrible: – ¿Dónde está el caballero Girbés? ¿Dónde le escondes, mujer infame? – La condesa se quedó pálida como una muerta y se puso á temblar como una azogada. – Señor, señor, no os mostréis enojado conmigo; yo hice cuanto pude por evitar lo que ha pasado. – ¿Y no lo habéis conseguido? – preguntó el conde de Alfusell que apenas podía hablar. – Ha sido culpa suya, no mía. Apenas llegado me declaró su amor, y de día en día se fué haciendo más exigente.—Y vos de día en día os fuisteis haciendo más amable. – Me resistí cuanto pude, y fuí cediendo poco á poco, primero fué una cinta, luego un broche... – Y una sortija, – continuó el conde.

—Es cierto, recuerdo que también me cogió una sortija, pero ni aun así estuvo contento: fué preciso que le encerrase en un cuarto con promesa formal de ir por la noche á hacerle compañía. – ¿Y lo habéis cumplido? – Era preciso, señor. Abrí el ventanillo, y le dije al caballero... – ¿Qué le dijisteis...? pronto! – Que esperase allí vuestra vuelta. – El conde dió un salto. – ¿Cómo? ¿qué es lo que decís? ¿Habéis encerrado al caballero Girbés? – Con promesa de darle la libertad cuando haya tejido toda la estopa hilada que hay en el cuarto. Oid, oid cómo trabaja.

El conde prestó atención y oyó en efecto el tric trac del telar. Entonces la condesa contó á su marido que el flamenco se había resistido al principio á cumplir la condición impuesta; que ella le sometió por hambre, y que no pudiendo resistir el ayuno que al principio parecía dispuesto á afrontar, el caballero Girbés consiguió, á fuerza de ensayos y tentativas, tejer una tela fuerte y gruesa que hasta entonces no se conocía. El conde apenas se atrevía á creer tanta dicha y fué preciso que su mujer le condujese hasta la puerta del cuarto, por cuyo ventanillo pudiera distinguir al noble extranjero, seriamente ocupado en su trabajo. Ante aquel espectáculo toda la cólera del señor del castillo se disipó como por encanto, y en su lugar, una repentina alegría hizo salir de sus labios estrepitosas carcajadas. El caballero Girbés, admirado y sorprendido con aquella ruidosa manifestación, se volvió rápidamente, y al reconocer las facciones del conde de Alfusell, la más extraña confusión se apoderó de su ánimo. Sin embargo, como tenía el despejo natural de los señores de la corte y sabía disimular sus impresiones, pronto se repuso, y tomando la cosa á bien, exclamó con una sonrisa algo forzada: – Ya lo veis, conde, he perdido mi apuesta. – Entonces es preciso que vayáis á declararlo así ante los demás señores de la corte, porque vuestra carta y las tres prendas que enviasteis les han hecho creer lo contrario.—Girbés prometió solemnemente retractar su carta y devolver las prendas, pero la condesa le dijo con



SAN ANTONIO DE PADUA, cuadro de L. Postiglione (grabado por Sabattini)

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889



LA MAÑANA, cuadro de Rafael Collin (grabado por Baude)

amable sonrisa, que podía conservar éstas en recompensa del nuevo tejido por él inventado y que tan útil había de ser para los pobres del país. El conde, orgulloso y satisfecho más que nunca del ingenio y la honradez de su fiel esposa, fué generoso con el vencido, y le trató con la nobleza propia de su carácter; pero el extranjero, avergonzado y corrido de su derrota, y herido en su amor propio, no quiso ser por más tiempo huésped en aquel castillo, y volvió á la corte para cumplir la palabra que en desagravio de la honrada castellana acababa de empeñar. Después de lo cual es fama que regresó á su patria para no volver más á España. El conde de Alfusell hizo escribir esta historia en las crónicas de su casa, y de generación en generación, se ha venido conservando por sus descendientes en el archivo de la familia, así como se ha conservado también en la memoria de todos los habitantes de las villas y aldeas que constituyeron en otro tiempo el señorío de los condes.

Carlos Quevedo

LA LEY DE LA NATURALEZA

Jamás había estado más fuerte ni más tranquilo el reino de las Amazonas.

Aquellas valerosas mujeres cuyo dominio se extendía por la orilla izquierda del río Thermodonte y que, como es sabido, constituían un Estado femenino, con exclusión de hombre alguno; acababan de asegurar su independencia, dando gallarda muestra de su belicoso ardimiento. Sus vecinos fronterizos de Arisba y de la Licia, y los lotos de la ribera derecha del río, habíanse unido en común acción contra ellas, celosos de su preponderancia y atraídos por la famosa hermosura de las adustas guerreras; pero las amazonas habíanles vencido en dos batallas campales, haciéndoles dos mil prisioneros.

En medio de su desgracia fueron estos felices; pues sabido es también que aquellas belicosas mujeres no pudiendo pasarse para el fomento de su Estado sin obra de varón, en épocas normales y cuando llegaba la primavera, uníanse momentáneamente á los hombres, en el límite de su territorio; y con este motivo, en vez de degollar á sus prisioneros, valiéronse de ellos para el fin supradicho, y después, llevándoles á las fronteras les pusieron en libertad, exigiéndoles juramento de no volver á hacer armas contra ellas.

Hallábanse, pues, tranquilas las amazonas y su admirable reina Talestris, cuando la fama trajo á su noticia las campañas y las conquistas de Alejandro Magno, que después de haber sometido la Asiria, entrando triunfante en Babilonia, organizaba sus huestes en esta ciudad dispuesto á invadir ambas riberas del Thermodonte.

Era Talestris tan inteligente como valerosa. Comprendió que no podría resistir al *vencedor del mundo*, y trató de conjurar el peligro, captándose la buena voluntad del poderoso monarca macedonio. Determinó visitarle en Babilonia, y se puso en camino acompañada de sus capitanas predilectas, que eran Hermione, Pariasátides, Rcsana y Laodicea, dejando otras cuatro para defensa de su Estado. Llevaba además la reina un lucido séquito de eunucos, portadores de grandes regalos para Alejandro.

Cuando llegó á la frontera de Licia, cuyo territorio tenía que atravesar, acaeció un incidente que preocupó un tanto á la Soberana viajera. Salió á su encuentro un sacerdote llamado Arbaces, famoso por su virtud y sabiduría, y desceñido el manto en signo de duelo, díjola estas palabras:

– ¿Dónde vas, oh reina? Detente. Yo te admiro por tu heroico valor, y en verdad te digo que tu peligro no está en Alejandro, sino al lado de él. Vale más que te expongas á las contingencias de la guerra campal que á otras de que no tienes idea. Si prosigues tu ruta, perderás tu dominación y serás esclava. Detente y si es preciso muere antes de salir de tus Estados.

Y dicho esto con acento solemne y profético, el sacerdote alejóse precipitadamente y se perdió de vista entre las sinuosidades de una montaña próxima.

Quedóse Talestris sorprendida. ¿Qué peligro era aquel que estaba al lado de Alejandro? ¿De quién debía ser esclava? ¡Esclava ella! Nunca; mientras pudiera darse la muerte. En esta confianza siguió su camino, pensando que siempre es libre el que quiere serlo.

Recibióla Alejandro en Babilonia con la cortesía peculiar á los héroes, mucho más tratándose de una mujer de tan maravillosa hermosura, como lo era Talestris; dió en su obsequio fiestas magníficas, y la prometió respetar su reino, cualesquiera que fuesen sus proyectos belicosos respecto á la Capadocia. Permaneció la reina un mes en la corte del monarca macedonio, y volvió á su país tranquila y satisfecha, recordando con lástima y desdén los misteriosos augurios del sacerdote Arbaces.

Poco tiempo después recibió la noticia de que se aproximaban enviados de Alejandro, portadores de un espléndido regalo para ella; y con efecto, pasados algunos días, se la presentaron dos intendentes de aquél, con ocho esclavos palafreneros, que traían un soberbio caballo. Recibiólos Talestris en una pradera contigua á su palacio y quedóse admirada y suspensa al contemplar el regalo que la ofrecían; pues jamás había visto animal de tan inaudita belleza. Tenía la piel atigrada, era de una alzada descomunal, de remos limpios y finos y de corvejones acerados. Su cabeza era un poco grande como la de los corceles romanos, y la crin y la cola tan largas que causaban asombro. Sus ojos eran vivos y dulces y su cuerpo elegante y gracioso como el de los caballos del Yemen. Llevaba únicamente una gualdrapa sujeta por una cincha, ambas cuajadas de piedras preciosas, y un ligero filete con una rienda, por medio de la que conducíale del diestro un esclavo.

«Por el nombre de mi madre Pantasilea, de gloriosa memoria, – exclamó la reina, – que desde hoy éste será mi caballo de guerra. Decídselo así al gran monarca que os envía; y en prueba de ello, ahora mismo quiero montar animal tan soberbio.»

Y diciendo así, Talestris, de un vigoroso salto cayó sobre el lomo del corcel; pero éste que parecía dejarse conducir con facilidad, no bien sintió el peso de la jinete, dió un terrible salto de carnero al que siguieron otros tres con tal violencia, que la reina cayó sobre la hierba de la pradera.

Dos veces más intentó montar al indómito animal, y otras tantas sufrió la misma suerte, con gran asombro del corro de amazonas que habíase formado en torno de Talestris, que no comprendían que existiese caballo capaz de derribar á su soberana.

«Si yo no he podido, nadie podrá resistir á este caballo,» dijo la reina reprimiendo su despecho, y dirigiéndose á los enviados de Alejandro, repuso:

«Decidlo así á vuestro señor. Pero en vista de que este animal, sólo es indócil cuando se le monta, le conservaré y regalaré en mi caballeriza, como recuerdo del que me le envía y como muestra y dechado de incomparable hermosura.»

Entonces acaeció un inesperado incidente.

Una joven que había estado retraída y medio oculta entre los esclavos de Alejandro, adelantóse, y encarándose con Talestris, dijo:

«Reina, este caballo no es indócil ni á la rienda ni á la montura, y si me permites lo probaré al instante.»

Tan sorprendida quedóse la soberana, así como todas las demás, al aspecto de aquella mujer, que en el primer momento no halló palabras para contestarla, y la examinó en silencio. La desconocida aparentaba tener unos veinte años de edad y su tipo se diferenciaba extraordinariamente del de las mujeres de la Capadocia y países limítrofes.

Era alta, muy esbelta, su tez tenía la blancura de la nieve, sus ojos eran azules, aunque vivaces y enérgicos, y un monte de cabellos rubios, fuertes y encrespados coronaban su frente en la que brillaba la inteligencia. Llevaba una holgada y larga túnica que caía hasta cerca de sus pies pequeños y calzados con chagualas de argirodamas. Su rostro de finas líneas presentaba una expresión graciosa y picaresca que predisponía en su favor.

– ¿Quién eres tú? no te conozco, – dijo Talestris, después de mirarla un rato.

– Soy viajera y vengo de lejos, – contestó la joven.

– Pero ¿quién eres, porqué estás aquí?

– Para satisfacerte, voy á contar mi breve historia.

– Dí, pues.

– Soy masageta, me llamo Oritias. Hallándome huérfana y abandonada con motivo de la muerte de mi padre Armodio, determiné venir á la Bactriana, en donde tengo un deudo cercano. Al atravesar la Licia encontréme con los servidores del rey Alejandro que se dirigían á tus Estados, y pedíles viajar en su compañía, temerosa de los muchos tigres que hay en la región por donde atravesaba. Acogiéronme con bondad y preferí hacer un corto rodeo por viajar con ellos y además para tener la dicha de conocerte. Porque la fama de tus hazañas y las de tus guerreras ¡oh, gran reina! ha llegado hasta nuestras frías regiones...

– Pero ese relato que me has hecho – interrumpió Talestris impaciente – no me explica el ofrecimiento que has indicado de domar este caballo. ¿Cómo tú podrás conseguir lo que yo no he alcanzado?

– Debo decirte, ¡oh, reina! que en mi país, la mayor parte de las mujeres no somos ajenas á los ejercicios corporales, y por otra parte, media la razón de que este animal es masageta como yo y conozco el procedimiento de amansarle.

– ¡Por mi madre Pantasilea, que estoy ganosa de verlo! Móntale pues si te atreves.

Entonces Oritias (que ya sabemos su nombre) alzóse la túnica, debajo de la que llevaba una veste cerrada, y de un ligero salto, púsose sobre el lomo del caballo. Este según costumbre dió un tremendo bote de carnero; pero la joven le resistió é inmediatamente comenzó á hablar al corcel en un idioma desconocido, al mismo tiempo que acariciaba su enarcado cuello. Pareció aquello un encanto: poco á poco fuese apaciguando el soberbio animal, hasta el punto de que parecía complacerse en obedecer á la que le montaba. Oritias le condujo en todas direcciones, alzó el galope, y por fin hízole dar una vertiginosa carrera.

Resonó un grito unánime de admiración, y cuando desmontó la joven con gentil desembarazo, exclamó la reina:

– ¡Por Hércules! que no esperaba ver semejante maravilla. Quédate á mi lado, si te place, puesto que te hallas huérfana y sola; y si tu valor iguala á tu destreza, ocuparás en mi Estado un lugar preeminente.

Así fué en efecto. Quedóse Oritias y pronto llegó á ser la amiga predilecta y favorita omnipotente de Talestris. Verdad es que conquistó bien este puesto. Desde luego hízose notar por su superioridad en toda clase de ejercicios. Montaba como un centauro, nadaba como un pez, hacía con las saetas tiros fabulosos, nadie la igualaba en serenidad y arrojo en la caza de animales feroces, y por fin, en una breve campaña contra los Surbios, probó su sin par valentía en los combates.

Fué incluída en el rango de las ocho capitanas de la reina, y ¡cosa rara! no suscitó envidia de nadie, por el contrario todas sus compañeras sentíanse atraídas hacia ella; verdad es que Oritias era amable y complaciente con todas.

Talestris no podía pasarse sin ella, y bien tenía motivo, porque la joven masageta se desvivía por la reina. Complacíase en servirla hasta en los más mínimos detalles, prevenía sus deseos, y á veces se la quedaba mirando de un modo tan particular, que en alguna ocasión decía aquélla:

– ¿Por qué me miras así?

Pero no obstante las satisfacciones que la rodeaban Oritias iba poniéndose triste. De cuando en cuando, montaba á caballo, y pasaba ausente todo el día, entregada con encarnizamiento al ejercicio de la caza. A veces sus ojos tan vivos y expresivos se velaban en una nube de melancolía y un día sorprendióla la reina suspirando en actitud meditabunda.

¿Qué tendrá Oritias? – pensaba Talestris, y quiso averiguarlo.

Una mañana dijo:

– Oritias, vamos á la fuente de los arrayanes. Tenemos que hablar.

Llegaron ambas al sitio designado. Era encantador, la fuente manaba dentro de una gruta de estalactitas, sombreada por árboles que entrelazando sus ramas formaban una bóveda de verdura.

Era una gruta dentro de otra.

Sentáronse las dos junto á la fuente.

La reina mirando con fijeza á Oritias dijo:

– Eres la segunda persona de mi Estado, y sin embargo no estás satisfecha. ¿Qué te falta?

– Morir por tu mano y á tus plantas, puesto que no puedo vivir á tu lado.

Y acompañando con la acción estas palabras, la joven cayó á los pies de Talestris.

– ¿Qué haces? – exclamó ésta admirada.

– Lo que he debido hacer mucho há. Tú inconscientemente me has espoleado en mi deber.

– No te comprendo.

– Reina, – repuso Oritias, después de un momento de vacilación, – yo soy un hombre.

– ¡Un hombre, tú un hombre!

Y Talestris se puso en pie violentamente.

– Escúchame, – prosiguió Oritias, abrazando los pies de la reina, – escúchame y luego dame el castigo que merezco.

– Sea, – dijo Talestris, dominando su inquietud. – Habla: ya te escucho.

Y volvió á sentarse.

Oritias sin dejar su humilde actitud, repuso:

– Soy Orontes, príncipe de los masagetas. Alejandro quiso invadir la Escitia, en donde domina mi tío el rey Mattos: le resistimos en una batalla campal en que ambos ejércitos quedaron muy quebrantados. Entonces el monarca griego, que como sabes es tan generoso como grande, tuvo una entrevista con mi tío y le dijo:

– Rey de Escitia, has hecho lo que nadie: me has resistido. Sin embargo, el portentoso valor de los tuyos sería inútil. Mi segundo y más poderoso ejército se aproxima y con él acabaría de destruirte. Pero no será así; tú y tus vasallos merecéis ser independientes. No quiero ser tu señor, sino tu hermano.

Como comprenderás, el rey mi tío aceptó con reconocimiento la magnanimidad de Alejandro y mandóme que para honrarle y servirle le acompañase hasta Babilonia, con dos mil jinetes masagetas... El día en que tú llegaste á esta ciudad, salía yo de ella cumplida mi misión... Te ví... en mal hora te ví, ¡oh flor de la gracia y de la hermosura! porque tus ojos me abrasaron el corazón, y comprendí que lejos de tí me era imposible la existencia...

– Prosigue, – dijo Talestris, cuyo seno se alzaba con violencia.

– Me alejé de Babilonia, hice acampar á mis guerreros á cuarenta estadios de la ciudad, y dije á mi lugarteniente: Si pasadas tres lunas no estoy de vuelta, id á Isedón y decid al rey mi tío que no volveré á verme jamás...

– Prosigue, – repitió la reina.

– Lo demás ya lo sabes. En nuestra raza, rara vez el bozo asoma al rostro: valiéndome de esta circunstancia, y no pudiendo satisfacer de otro modo mi deseo de verte y vivir á tu lado, tomé este disfraz... Te he engañado y debo morir. Mátame, pues, por tu mano: hasta la muerte es dulce si proviene de tí.

Calló Orontes. La reina, sin mirarle, púsose en pie y dijo:

– Vete, sal de mi Estado y que jamás vuelva á verte.

– Nunca, – exclamó el príncipe con enérgico acento. – Aquí me amas ó aquí muero: elige...

Había llegado *la luna de las vides* (mes de setiembre) y con ella las fiestas del triunfo de Baco.

Después de las faenas de siega y recolección y llenos los graneros y los odres, las amazonas acudían en masa á la llanura de seis estadios de extensión que era el comedio de las cuatro poblaciones que habitaban.

Durante una semana debían entregarse á expansiones, bailes y regocijos, haciendo honor al dulce vino de Capadocia.

Habíase elegido á las dos más obesas para que representasen al dios de los viñedos y á su compañero el viejo Sileno.

Pero en medio de la general alegría, reinaba cierta inquietud, porque preveíanse sucesos extraños.

La reina Talestris estaba preocupada.

Oritias había desaparecido, así como también Hermione, la capitana predilecta de la soberana.

Una mañana, cuando iban á comenzar las fiestas, Talestris que había estado retraída, salió de su tienda, reunió en torno suyo á las principales de sus vasallas y dijo con voz sonora:

– Amazonas, oid. Viviendo, como vivimos aisladas, infringimos la ley de la naturaleza que da al hombre por compañero de la mujer. Yo he resuelto salir de este estado y he elegido ya un compañero de corazón...

Un murmullo general interrumpió á la reina.

– Oidme, – prosiguió Talestris, dominando el rumor. – Podría imponeros mi voluntad porque soy vuestra reina natural, porque soy omnipotente y porque no lejos de aquí tengo dos mil guerreros masagetas que secundarían mis designios; pero quiero reinar sobre vosotras por el amor, no por la fuerza. Si no queréis aceptar los compañeros que os propongo, dignos de vosotras por su valor y gentileza, podéis elegir otra reina; pues yo abandonaré este país...

– ¡No, no, Talestris! – interrumpió un rumor general.

– Deliberad, pues. Durante dos días aguardo vuestra decisión en mi tienda.

Y la reina muy conmovida encerróse en esta, acompañada de Hermione que acababa de llegar.

Al día siguiente, por la tarde, una comisión compuesta de las capitanas y principales amazonas, presentóse á Talestris y la dijo:

– Reina: lo que tú determines siempre está bien hecho; nos sometemos á todo, menos á que nos abandones.

La reina no contestó. Sólo dijo:

– Ve, Hermione.

Cuatro horas después, el príncipe Orontes, al frente de sus guerreros masagetas, blancos como la aurora, y rubios como el sol, entraba en el Estado de las amazonas.

Estas fueron felices y gloriosas, al lado de sus nuevos compañeros y señores.

Pero el vaticinio del sacerdote Arbaces se cumplió. Talestris fué *esclava* del amor, que en la mujer es *ley de la naturaleza*.

JACINTO ESCOBAR

UN PROFETA MODERNO

Toda la obra cumplida por la inteligencia humana se condensa en la Memoria, definida acertadamente por Ribot *una visión en el tiempo*.

Si la inteligencia racional abraza el tiempo en la diversidad de sus dimensiones y en el nexo que supone su división, la Memoria se ejercita en tal caso en forma de *previsión ó anticipación*, que es á lo que propiamente se refiere el *don profético*.



LA SIBILA DE DELFOS, fresco de Miguel Angel


TULIA, busto de Agustín Querol

Difícil de poseer y aun ser empleado oportunamente el don profético, lo es más actualmente por la complejidad cada vez más amplia que descubre ante sus dilatados horizontes la inteligencia. Necesita elevarse la inteligencia á las *grandes síntesis*, condensar en sus perspectivas la característica propia de su época y presentir las necesidades más urgentes de la venidera.

Tales condiciones se reunían muy señaladamente en el gran poeta alemán Gœthe, personificación completa del genio de su raza y de su época y hombre que por su amplísima cultura penetró el espíritu y la vida de las épocas pasadas.

Si la vida y las obras de Gœthe nos aparecieran libres de los estudios críticos y minuciosos, á que han dado ocasión, y á través de intersticios de luz y sombra, fuera por demás sencillo poner de relieve su condición profética. A pesar de los análisis detenidos de su representación, queda algo en su personalidad y en el carácter de su genio que es signo bien preciso de su condición profética.

Gœthe, que denomina su procedimiento «química mística y cabalística» posee como característica del fondo de su genio el gran instinto de la naturaleza (que en su aspecto poético denominaba *Lust zu fabuliren*) y, haciendo gala de una impersonalidad siempre creciente é identificándose con la realidad que le rodea, practica la regla de Montaigne «no enseño ni invento, refiero y atestiguo.»

¿Qué atestigua y refiere Gœthe? Lo que ve y lo que presiente. «Marchamos, dice en sus *Conversaciones*, en medio de secretos rodeados de misterios. Ignoramos lo que pasa en la atmósfera que nos rodea y las relaciones que tiene con nuestro espíritu. Pero seguramente en determinadas circunstancias nuestra alma, mediante ciertos órganos tiene más poder que los sentidos y le es dado presentir y aun ver el porvenir más cercano.»

Cita después una extraña visión, que se le apareció al despedirse de la simpática Federica Brion, que interpretó como juicio profético de lo que más tarde le aconteció. «Aventuras de este género, sigue diciendo, me han sucedido en mi vida y se concluye en tales circunstancias por creer en algo *demoniaco*, sin comprenderlo.»

Lo *demoniaco* es para Gœthe el enigma indescifrable del mundo y de la vida, el poder secreto y misterioso que todos sienten, que ningún filósofo explica y que el hombre religioso procura dar por resuelto con palabras y símbolos. Lo *demoniaco* es lo insoluble para la inteligencia y la razón. No forma parte de mí mismo, pero estoy sometido á ello, dice Gœthe.

Estas imposiciones (el *Deum passus est* de los antiguos inspirados) que sufría Gœthe, constituyen sus previsiones acerca del hombre, «laberintos sobre laberintos» como él le define, previsiones, dice, que llegaba á formular «pensando mucho, sintiendo más y hablando poco.»

Cuando publicó Gœthe su célebre *Werther*, hijo de su propia sangre, escrito de una manera inconsciente y al modo de un sonámbulo, afirmó haberse curado de una enfermedad bien grave (la servidumbre de las pasiones), que habría de llegar á ser mal, que afectase á la colectividad. El *Wertherismo* ó enfermedad del suicidio, que siguió como cortejo fúnebre al éxito de la novela, prueba la certera previsión dèl poeta, que decía: «desgraciado de aquel que no encuentra en su vida un momento, en el cual crea que el *Werther* ha sido escrito para él solo.»

En setiembre de 1792 formaba Gœthe parte del ejército aliado contra los Revolucionarios franceses. Observó que, después de la toma de Verdun, el comandante Beaurepaire se mató de un pistoletazo, y que un granadero disparó contra los conquistadores, esperando tranquilo su suerte. Llamó su atención tal exuberancia de patriotismo y dejó de prestar asentimiento á las descripciones de los emigrados, que pintaban la campaña de Francia como si hubiera de ser camino triunfal á París, y á conceder una importancia al gigantesco movimiento de la Revolución francesa que ninguno de los que le rodeaban presentía. Su independencia de juicio entre los coligados, le valió ser considerado como republicano.

Después, cuando el ejército aliado se vió detenido por el revolucionario y el fuego insistente de la artillería del último imponía pavor en todos los ánimos, preguntaban á Gœthe qué opinaba y decía con tono profético: «En este lugar y desde este día comienza una nueva época en la historia del mundo y podréis decir: *yo estuve allí*.» Y en mayo de 1793, durante el sitio y rendición de Maguncia, dice Gœthe, me recordaron mis palabras, que se habían cumplido, no sólo en un sentido general, sino á la letra, porque desde aquel día los franceses habían cambiado su calendario.

Al oir por primera vez la *Marsellesa*, la apellidó Gœthe *Tedéum revolucionario*, destinado á propagar, con sus entusiastas y patrióticos acordes, los nuevos principios del Derecho, destino que se cumplió con las conquistas de Napoleón en Europa y mejor con la implantación del derecho revolucionario en todos los pueblos cultos.

Tenía Gœthe, aun en su vejez y decrepitud, debilidades bien acentuadas por sus estudios y observaciones en las ciencias naturales, se dolía del desvío que le mostraba el mundo científico, abrigaba la convicción profunda de que un *tipo universal*, que se perfecciona por metamorfosis, recorre todos los grados del organismo como expresión de la ley de Camper ó de la unidad de composición. Atribuía como título de gloria su descubrimiento del hueso *inter-maxilar humano* y mientras Europa rugía en luchas cruentas ante las audacias de Napoleón, seguía avaramente las discusiones entre Saint-Hilaire y Cuvier en la Academia de Ciencias de París. Extrañaba á sus admiradores, entre ellos á Eckermann, que se olvidaba de su gloria como el primer poeta de su tiempo y dolíase de que los sabios no se ocuparan de sus trabajos, aconsejándole seguir dedicándose á los versos. Y Gœthe, previsor más que los mismos que le censuraban, seguía fijando uno de sus más valiosos títulos á la gloria en sus trabajos científicos.

«No hago mucho caso, decía en sus *Conversaciones*, de todo lo que he producido como poeta. Poetas excelentes han vivido en mi misma época, más grandes que yo han existido antes y los habrá iguales á mí. Pero de lo que

SAGUNTO, grupo escultórico de Agustín Querol

estoy orgulloso es de haber sido en mi siglo de los pocos, que se han consagrado con ahinco á los estudios científicos y á la observación de la naturaleza. De ello estoy orgulloso y en ello fundo el sentimiento de mi superioridad sobre un gran número de gentes.»

Si acertó ó no Gœthe en sus presentimientos lo dicen notabilidades científicas contemporáneas como Helmoltz, Bois-Rymond y Hæckel, que reconocen en Gœthe uno de los más ilustres precursores de la teoría de la descendencia y de las nuevas hipótesis, que tan hondamente han contribuído á los progresos de las ciencias naturales.

Las oscilaciones continuas de Gœthe, durante su juventud, para fijar su vocación, titubeando si seguir su *Lust zu fabuliren*, haciéndose poeta, ó encaminar la flor de sus energías, consagrándose á la pintura, representan luchas silenciosas, pero persistentes, que le llevaban á coger con frecuencia el puñal del suicida, pero muestran también su especialísimo don de previsión. Efecto de él se anticipa á los deseos de Lavater y Mlle. Kletenberg, huyendo los propósitos de ambos, que anhelaban encerrar su genio en un pietismo romántico, y aun se niega al estudio y más que al estudio á la profesión y ejercicio del derecho, según deseara su padre, para entregarse por completo á la ciencia y al arte. Cuando Gœthe se ve envuelto en los grandes acontecimientos políticos, provocados por la Revolución francesa, nuevamente acentúa su *previsión profética*, declara que no siente exaltación de su patriotismo, que persigue algo más amplio, su célebre *ciudad ideal* y que, careciendo de la inspiración y del fuego de un Kœrner, no quiere ser caricatura grotesca de Tirteo y prefiere ser tachado de egoísta á qué desvíen influencias exteriores su propia vocación.

Acentuando el contraste, sin que le falte patriotismo, aunque sentido y entendido por él de un modo especial, Gœthe se esfuerza en engolfarse en sus estudios científicos y en sus trabajos de erudición para huir el estruendo de los grandes sucesos políticos. Cuando mira hacia ellos, los ve bien claros y aun presiente que la soñada hegemonía de los Teutones no será viable ínterin no comiencen por reconocer de momento su derrota ante los triunfos de la Revolución francesa y continúen trabajando por fundar la *ciudad ideal*, símbolo por él acariciado de la unidad alemana. Si los hechos han confirmado ó no posteriormente sus previsiones, que lo digan cuantos siguen con interés la marcha general de la política europea.

¡Quién sabe si el genio superior de Gœthe, una vez obtenida la hegemonía germánica, hubiera solicitado de sus contemporáneos ley y conducta para el vencido, distinta de la que impone la férrea mano del canciller alemán!

De todas suertes, presentimientos y anticipaciones referidos por igual á su propia persona y aun á los sucesos que se avecinan abundan en la vida de Gœthe. Si su personalidad no se destacara tan precisa y clara, efecto de su autobiografía y de los estudios críticos, á que han dado margen su obra y representación en la ciencia y en el arte, pasaría por *profética* é inspirada quizá por poder sobrenatural. A pesar de la crítica, que parece que todo lo empequeñece, Gœthe se muestra más grande cuanto más se le estudia y revela que sus condiciones personales exceden el límite de lo vulgar. Lo que en los demás es signo obligado de la propia racionalidad, la *previsión* para la vida, en Gœthe toma relieve tan acentuado y práctico que se convierte en un *don profético*. Aun quedan previsiones del gran poeta, que esperan confirmación de parte de los hechos (señaladamente en lo que toca al porvenir del arte y de sus posibles trasformaciones). De los realizados hasta ahora ninguno contradice, antes bien parece que prepara el cumplimiento de las profecías de Gœthe, relativas á la evolución del arte. Fiemos en que el tiempo confirmará por modo cumplido todas aquellas anticipaciones que Gœthe presentía acerca del *Realismo* en el arte, sin que para ello sea óbice que se malogren ó desvíen de sus propios cauces algunas de sus manifestaciones; puesto que el mismo Gœthe daba por fallidos tales primeros intentos, cuando representaba en el hermoso símbolo de *Euphorion*, engendro malogrado, no bien hubo nacido, la aurora del arte moderno.

U. González Serrano

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

Transformación de un naipe. – Es posible transformar un naipe en una cadena continua de $1^m,30$ de longitud con un cortaplumas y un par de tijeras. No hay duda de que la operación es un poco complicada, pero se podrá ejecutar fácilmente si se sigue con exactitud esta marcha:

Tomemos un naipe y veamos de transformarlo, sin quitar ni añadir nada hasta que le demos la forma de la bonita cadena que figura alrededor del grabado adjunto.

He aquí las diferentes fases de la operación:

1.° Con un cortaplumas se hienden los dos bordes laterales A y B del naipe en una anchura de dos milímetros. Como los naipes se componen de muchas hojas superpuestas y pegadas, se facilitará la operación mojando ligeramente los dos bordes laterales que se trata de abrir.

2.° Dóblense á derecha é izquierda los bordes A y B procurando que el doblez sea perfectamente rectilíneo.

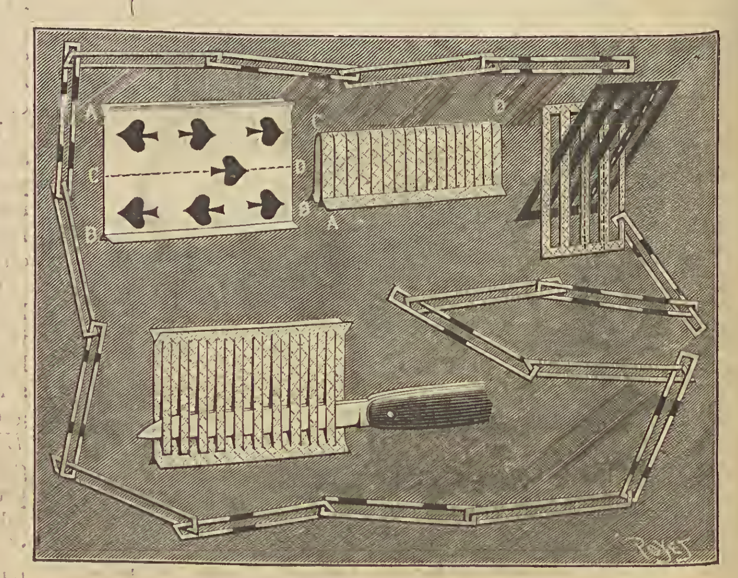
3.° Dóblese el naipe siguiendo su línea media C D.

4.° Con unas tijeras córtese el naipe en líneas perpendiculares al doblez C D y separadas entre sí dos milímetros; estos cortes no deberán pasar del doblez de los bordes.

5.° Desdóblese el naipe en una mesa é introdúzcase un cortaplumas alternativamente encima y debajo de las hojas que han quedado entre los cortes de modo que se las separe de dos en dos siguiendo la línea formada por el doblez de los bordes. Hágase lo mismo en el otro borde del naipe, pero cuidando de que la hoja del cortaplumas pase esta vez *por encima* de las hojas bajo las cuales ha pasado poco antes. De este modo se habrán formado dos rejas rectangulares, encajadas una en otra, y figurando, como se ve á la derecha del grabado, una especie de taburete de tijera como los que se usan en los jardines.

6.° Con las tijeras se cortan las hojas del naipe siguiendo las líneas de los puntos, y á cada corte se verá caer un eslabón de la cadena que se quería hacer estando este eslabón enlazado con sus dos inmediatos y el conjunto formará una cadena continua cada uno de cuyos eslabones tendrá una anchura de un milímetro en los lados mayores y de dos milímetros en los menores. Con alguna destreza se logrará ejecutar rápidamente estas diferentes operaciones para las cuales será un precioso auxiliar nuestro grabado.

(De *La Nature*)



Manera de transformar un naipe en una cadena de cartón

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón